



MAESTRA, ¡ENSÉÑAME A MIRAR!

MANUEL DIOS DIZ

PRESIDENTE DEL SEMINARIO GALEGO DE EDUCACIÓN PARA LA PAZ

Parece una moda, una constante, una estrategia de marketing perfectamente diseñada. Se trata de cargar contra de la juventud en general, en ocasiones incluso demonizando, cuando no criminalizando, sus comportamientos y conductas, una triste reacción del llamado mundo viejuno acerca de las nuevas generaciones, un deporte de honda tradición y muy popular. Ya Sócrates (470-399 la.d.C.) acusaba a los chicos de su época de ser unos tiranos, de contradecir a sus padres, de devorar la comida y de faltar al respeto de sus maestros...

Con ocasión o sin ella, editoriales prestigiosas, sesudos analistas, tertulianos de pro, psicólogos clínicos preocupados por su cartera de clientes..., realizan informes y estudios periódicos que llegan a los medios con titulares de trazo grueso, antetítulos alarmantes, fáciles de digerir, sin necesidad de profundizar en la letra menuda, que siembran alarma, sorpresa y crean opinión.

Nos estamos refiriendo a ideas tales como: El alumnado de ahora es peor que el de antes, la escuela actual olvida el esfuerzo, los maestros no tienen autoridad, los jóvenes de hoy son más violentos, los niveles de exigencia bajaron... y así sucesiva y reiteradamente.



CUANDO REPETIMOS QUE LOS ALUMNOS DE HOY SON PEORES QUE LOS DE ANTES, ¿QUÉ PRETENDEMOS?

Estos mensajes, en ocasiones en medio de otros discursos, no podemos interpretarlos, únicamente, como el reflejo de un conflicto intergeneracional, aunque tenga mucho de esto. Cuando repetimos que los alumnos de hoy son peores que los de antes, ¿qué pretendemos? ¿Responsabilizarlos de su supuesta vagancia, de su desapego de la cultura del esfuerzo, culpabilizarlos? ¿A ellos, a sus familias, a las autoridades educativas, a los gobiernos, a la sociedad... es decir, a todos y a nadie a coro?

En muchas ocasiones notamos un cierto aire de superioridad paternalista en relación con las generaciones que están llamadas a sustituirnos, por ley natural, algo así como una paté-

tica e inútil venganza por la juventud perdida y extrañada...

Pero quizás lo primero que habría que clarificar es lo que entendemos, lo que interpreta cada quien por esa adverbio antes, esa muletilla, ese tan descontextualizado adverbio de tiempo. ¿Antes de qué?, ¿antes de cuándo? 20, 30, 50, ¿100 años? ¿Mil tal vez?

Si identificamos "antes" con los tiempos de nuestra propia juventud está bien claro que estamos diciendo, sin rubor, que nosotros mismos, fuimos, y somos mejores. Toma ya. Como inyección de autoestima no está nada mal. O lo que es lo mismo: nuestros hijos, nuestros nietos, son peores!!! Para quedarnos, así, tan anchos...

Pero, ¿peores en qué? ¿En



“UN BUEN EDUCADOR, UNA BUENA EDUCADORA, NECESITAN INFLUIR POSITIVAMENTE EN SU ALUMNADO, PORQUE COMO HEMOS REPETIDO TANTAS VECES, LOS ALUMNOS APRENDEN, SOBRE TODO, DE LOS PROFESORES QUE AMAN”

conocimientos, en actitudes, en valores? Como si los contenidos de los aprendizajes fueran inmutables. Siento ser tan simple, pero los alumnos y alumnas de hoy ni son peores ni son mejores, son diferentes. Son el producto de la sociedad en la que viven, son también el resultado de nuestra propia actuación como adultos, esa es nuestra responsabilidad. Porque la escuela es un espejo perfecto donde, muchas veces, no aceptamos vernos reflejados.

Los chavales y chavalas que hoy estudian en los colegios e institutos lo hacen en el mejor sistema educativo de nuestra historia, el que cuenta con las mejores condiciones escolares. Y viven en una sociedad con niveles de renta, coberturas, acceso a la cultura, ocio y tiempo libre, como nunca hubo, en espacios de libertad, democracia, seguridad y diversidad, innegables. Y tienen acceso a la escolaridad todas y todos los alumnos y alumnas.

Y el profesorado está, a su vez, mejor preparado que nunca. Y las familias sienten con mayor preocupación la enseñanza de sus hijos e hijas, viven con más interés la educación, la cultura y el saber. Sus condiciones laborales, de ocio, apenas tienen nada que ver con las de “antes”.

Claro que los niños y niñas de hoy tienen problemas, como los de todas las épocas, distintos, sin duda, pero también es cierto que cuentan con las mejores condiciones para superarlos, como nunca “antes” habían tenido.

Y con esto no quiero decir que nuestro sistema educativo, los nuevos modelos de familia, laborales, la sociedad, la cultura, la sanidad... no sean manifiestamente mejorables. Claro que lo son, porque otra educación es posible, como otro mundo también es necesario.

Pero descalificar a la juventud, demonizarla, resaltar siempre el negativo ignorando o si-

lenciando sus valores, ¿para qué sirve?, ¿a qué intereses responde? ¿De qué nos tranquiliza?

Somos precisamente los adultos los que deberíamos reflexionar más sobre nuestras responsabilidades en la incitación permanente al consumo más irracional de los menores, en la superprotección extrema, en la promoción desmedida de la cultura del éxito (famosos, estrellas, héroes...), de la competitividad máxima por encima de los valores, armarios llenos y corazones vacíos, en el egoísmo y en el individualismo exacerbado, o en la presión constante por hacerlos individuos “súper”, evitándoles la más mínima contradicción... y el no también educa...

Un buen educador, una buena educadora, necesitan influir positivamente en su alumnado, porque como hemos repetido tantas veces, los alumnos aprenden, sobre todo, de los profesores que aman. Debemos resaltar sus avances, tratarlos con afecto y cariño, la educación afectivo emocional -tan olvidada- el mejor antídoto contra la violencia. Mejorar su autoestima, corregir sus carencias, sugerirle metas alcanzables, en definitiva, acompañarlos, como el guía del desfiladero... sin olvidar el no, la coherencia, las normas y los límites, por supuesto.

Llegados a este punto recuerdo aquella hermosa historia que me contó Federico Mayor Zaragoza, la de la niña que nunca había visto el mar. El día en que -por fin- con su maestra se vio con la inmensidad del mar, fascinada, perpleja, nerviosa, tirándole de la falda, exclamó: ¡maestra, enséñame a mirar! ■